

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 15

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

GOOD MORNING, HEARTACHE

In memoriam B. H.

"I don't know why but I'm feeling so sad..."

(Comienzo de Lover Man, una canción que solía cantar Billie Holiday)

La Reina tomó aliento, acercó el micrófono a la boca y empezó a cantar. Era una negra descomunal: gorda y fofa, recordaba a Bessie Smith, y su cara era tan fea como la de Ella Fitzgerald. Su voz, en cambio, insinuaba la presencia de una seductora Billie Holiday con su infaltable gardenia en el cabello. La Reina llevaba el ritmo del contrabajo con todo su cuerpo; sus enormes tetas se movían como badajo de campana debajo del vestido mientras su rostro comenzaba a poblarse de un pegajoso sudor que, momentos después, se convertiría en el río que descendería por sus brillantes mejillas.

Nunca había conocido a una mujer que sudara como La Reina; su cuerpo transpiraba caudalosamente y a tal punto que en el intermedio tenía que ir a su camerino y darse una ducha rápida y ponerse otro vestido. No llevaba nada bajo la ropa; esta se mojaba tanto que su cuerpo se transparentaba bajo la tela, aunque eso la tenía sin cuidado. De cualquier manera, era una negra que cantaba como las grandes. No solamente desde el fondo de su oscura e insondable alma, sino con cada uno de los filamentos de su desbordante humanidad. Uno podía sentir que ella vibraba como si estuviera actuando en el Carnegie Hall ante diez mil personas.

Tenía mucho swing, un excelente y fantástico swing. Sin embargo, era una mujer algo extraña. Nadie había podido penetrar en su vida privada y poco se sabía sobre ella, aparte de su gordura y de su ilimitado amor al jazz. Corrían muchas versiones acerca de su surgimiento en el mundo del espectáculo, aunque en realidad no era muy famosa. En la ciudad el jazz apenas se había difundido y no contaba con muchos adeptos. No obstante, la pequeña y fiel porción de aficionados la admiraba y veneraba.

Casi todas las preguntas giraban en torno a cómo se había interesado por el jazz. Algunos decían que ella era hija de un jazzman de segunda fila que se había detenido en el país por pocos días en el curso de una gira, el tiempo sufi-

ciente como para dejar familia. Otros alegaban que tenía formación académica, que había estudiado música en Berkeley o en Juilliard. Había otros que afirmaban que era una autodidacta. En fin, solamente se podía estar seguro de que su voz era única.

Me gustaba mucho cuando cantaba *Lover Man* o *Embraceable You*. Tenía una extraordinaria habilidad para alcanzar súbitamente notas altas con sorprendente precisión. Su fraseo era suave y delicado regularmente, pero podía tornarse áspero y brusco de acuerdo a su estado de ánimo. Su sentido de la melodía era envidiable y su capacidad para improvisar no se quedaba atrás. El profundo *feeling* y la rica sensualidad que caracterizaba a sus interpretaciones eran lo que más me atraía de ella.

Cuando terminó aplaudí entusiasmado desde mi lugar de la barra. Había cantado *Perdido* y no lo había hecho nada mal. Sin embargo, el público no la ovacionó como correspondía. Ella hizo una mueca y se retiró del escenario sin saludar. Estaba disgustada porque se veía obligada a cantar en un club al cual la gente asistía para pasar un buen rato pero no para apreciar a una cantante de jazz. Su trabajo consistía prácticamente en proveer música de fondo a las parejas que se acariciaban al calor de la oscuridad. Y lo hacía porque tenía que comer.

—Estuviste muy bien —le dije cuando ella vino a sentarse a mi lado. No me miró—. De veras que sí— insistí.

—No jodas —dijo entonces, todavía sin darme la cara y se volteó hacia el barman—: Una cerveza bien helada y una copa de pisco, Armando.

—Estás con ganas de suicidarte hoy día —murmuré. Ella no hizo ningún comentario. Cuando le trajeron la cerveza vertió la copa de pisco dentro de ella. Luego se enjugó el sudor del rostro con ambas manos. Le alcancé mi pañuelo.

—No es para tanto —dijo, aunque no lo rechazó.

Entonces giró y me miró por primera vez a los ojos con esa mueca de desesperación temblando en los labios. Tenía los ojos hinchados y por un momento creí que iba a echarse a llorar.

—Vámonos a beber algo a otra parte —sugirió.

La miré sorprendido.

—Aun falta la segunda parte...

—Bah, no importa. Se acabó.

—¿Y el contrato?

—¡Al diablo con el maldito contrato!

Salimos afuera. La noche estaba clara y despejada. Entramos en el auto.

—¿Quieres ir al «Flamingo»? —le pregunté.

—No, carajo. Ahí no.

—Van a ser las tres...

—¿Y?

—Bueno, no hay muchos lugares abiertos.

—Compra una botella y se acabó el asunto.

—Tengo una de pisco en la maleta.

Bajé y fui por la botella.

—¿Adónde vamos? —pregunté al tiempo que encendía el motor.

Ella se encogió de hombros. Luego empuñó la botella y bebió un largo sorbo y me la pasó.

—No quiero —le dije. No me caía muy bien el pisco.

—Chupa, maricón —insistió ella.

Bebí solamente por complacerla. Tal vez así se sentiría menos sola.

—Así me gusta —dijo ella—. Ahora vamos a la playa.

—¿A la playa?

—Sí, a la playa. Al mar. ¿Por qué no?

Arranqué y el auto partió bruscamente.

La Reina bebía con una extraña vehemencia.

—Espacio, mujer —le dije.

—No jodas —y siguió bebiendo.

Enrumbé hacia el malecón. Las calles estaban desiertas y uno podía sentir ese agradable rumor de la noche cuando todo es silencio. Parecía como si la noche lo abrazara a uno y lo acogiera en su regazo oscuro.

A medida que nos acercábamos a la playa el viento que rompía contra el parabrisas nos trajo oleadas de aire salino. Salí de la avenida y luego atravesamos el puente y vimos el mar, oscuro e impenetrable, allá abajo. Seguimos bordeando el acantilado y tomamos finalmente la cuesta que conducía a las playas.

—Dame un cigarrillo —me pidió La Reina

—No te conviene fumar, Reina —le dije. Yo siempre me encargaba de recordárselo.

—Vete a la mierda.

—Estás insoportable esta noche —le alcancé la cajetilla.

Terminábamos el descenso y el rumor del mar fue haciéndose cada vez más fuerte. Cuando tomé la curva final con velocidad, imaginé por un instante que nos salíamos de la pista y caíamos al mar. Pero no sucedió así.

Disminuí la marcha. Miré a La Reina. Estaba recostada contra el vidrio de la ventanilla y mantenía la botella en sus manos.

—Cambia de cara, por favor —le dije.

Ella me miró con sus ojos ebrios y me hizo un mohín con los labios.

—O.K., *man* —dijo imitando el acento sureño, estirando las palabras de la misma manera como acostumbraba alargar las notas al estilo del saxo de Lester Young cuando cantaba. Entonces estalló en una risa voluptuosa que continuó a intervalos. Yo también empecé a reírme y llegó un momento en que ninguno de los dos paraba. La Reina se encaramó sobre la ventanilla y sacó medio cuerpo afuera. Gritaba mientras el viento se estrella en su rostro. Apreté el acelerador a fondo.

La playa estaba oscura pero había luna llena y las olas brillaban al fondo. Cuando me detuve, La Reina salió del auto y comenzó a correr como una chiquilla hacia la orilla. Corrí tras ella.

Cuando llegamos cerca de la orilla nos derrumbamos sobre la arena. La Reina yacía jadeante y alegre. Todo su cuerpo se agitaba espasmódicamente como un elefante moribundo sacudido por los últimos estertores.

—Creo que me voy a dar un baño —dijo ella.

—Estás loca.

—Lo que más quiero ahora es darme un baño —insistió.

—Como quieras.

La Reina se despojó de su vestido y su piel negra y lustrosa brilló bajo la luna. Era impresionante: un cuerpo negro y voluminoso ardiendo en la noche. Se aproximó al mar bamboleando las amplias caderas y tentó con un pie la temperatura del agua y exhaló un gritito nervioso. Luego se decidió y entró paulatinamente, soltando cada tanto grititos. Cuando reventó una ola La Reina se zambulló y salió inmediatamente a flote como un lobo marino. Se puso de espaldas y comenzó a reírse como una loca.

Cuando regresó le extendí la toalla que había encontrado en su maletín. Apareció corriendo, redonda y grande y muy contenta. Daba gusto verla así. Se frotó vigorosamente.

—¡Qué frío! Ayúdame ¿quieres?

Me levanté y cogí la toalla y comencé a secarle la espalda y las caderas. No terminaba nunca. Ella reía mientras me empeñaba en mi tarea. Luego me ocupé de los inmensos senos.

—Te gustan ¿no? —sonrió—. Dame un trago.

Le di la botella y ella sorbió un buen trago. Me la devolvió y yo hice lo mismo.

—¿Cómo te sientes?

—*Terrific, man*.

—Eres una negra grande y gorda y te quiero mucho y no me gusta que te pongas mal —le dije a boca de jarro.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Bah, cállate.

Se sentó sobre la arena y empezó a rebuscar en su maletín. Sacó un paquete, lo desplegó y me lo mostró.

—Es muy buena —me aseguró—. Moños rojos.

Salió un grueso cigarro. Aspiré hondo, retuve el humo y tosí como un tuberculoso. Diablos, realmente estaba muy buena.

—Eres magnífica, Reina —dije, pero ella ya estaba a miles de kilómetros de distancia.

—Quiero irme a Groenlandia —dijo después de un rato.

—Hace mucho frío y hay mucha nieve allí. ¿Para qué diablos quieres irte a Groenlandia?

—Dicen que es el lugar más seguro de la Tierra.

—Quizá, pero no sabes si tocan jazz allá.

—Por Dios, hombre, jazz hay en todo el mundo.

—Bueno, Reina —dije levantando la botella—. Por tu feliz ida a Groenlandia.

Y bebí todo lo que quedaba.

Más tarde, cuando enfilábamos cuesta arriba, ella empezó a cantar *Summertime*. La voz era extremadamente intensa y modulaba los tonos con una precisión increíble. Pero de pronto cesó el blues desgarrador.

—¿Por qué no aceleras a fondo hasta sacarnos la puta madre? —farfulló.

Estábamos todavía en la cuesta, en la parte más alta, cuando ella lo hizo. Se tiró sobre mi lado, se aferró al volante y apretó el acelerador con su pie izquierdo. El auto derrapó y se acercó peligrosamente al abismo. Yo trataba desesperadamente de mantener la dirección pero ella me presionaba con todo su peso. Por último, cuando creí que ya era inútil, le metí un codazo en el estómago y ella aflojó el acelerador. Recuperé el control del volante y detuve el auto.

—Casi nos matamos, estúpida.

Ella lloraba cubriéndose el rostro con las manos, acurrucada contra la puerta. Esperé que se calmara y reanudé la marcha.

Atravesamos toda la ciudad. Ella me guió hasta su casa. Nos detuvimos frente a un edificio sucio y ruinoso de los suburbios. Bajé y le abrí la puerta.

—Déjame —me dijo—. Yo puedo sola.

Pero ella no podía. La ayudé a bajar. Ella se apoyó en mí. Pesaba una tonelada. A duras penas llegamos hasta la puerta del edificio.

—No quiero que entres —me dijo, pero los dos sabíamos que ella no podría subir sola.

Demoramos una eternidad en subir hasta el cuarto piso. Una bocanada de aire fétido nos recibió cuando abrí la puerta del departamento. Era una habita-

ción estrecha con escasos muebles y una ventana que daba a un tragaluz. Acomodé a La Reina sobre la cama y luego me tendí junto a ella en la oscuridad.

— Me quieres mucho ¿no, *darling*? —dijo después de un rato.

— Tú sabes que sí, Reina. Te quiero con toda mi alma.

—¿Con toda tu alma y con todo tu cuerpo?

—Sí, con toda mi alma y con todo mi cuerpo.

—Abrázame, por favor.

Lo hice.

— Te necesito mucho. No sabes cuánto te necesito.

— Lo sé, Reina. Lo sé.

— No; no sabes. Tú no sabes nada. Te necesito ahora más que nada en el mundo. No te vayas a ir.

—No me voy a ir.

—Júrame que no te irás.

—Te lo juro.

—Júralo por tu madre.

—Bueno, lo juro por mi madre.

—Te necesito tanto, *dear*.

—Ya lo sé. Ahora trata de calmarte un poco.

—No puedo calmarme y tú lo sabes muy bien.

—Inténtalo.

—Lo intentaré pero no creo que dé resultado. Dame un trago.

—Ya no queda. Lo terminamos en la playa.

—Ámame, *darling*. Ámame con toda tu alma y con todo tu cuerpo.

Me cogió una mano y la posó sobre uno de sus pechos. Luego hizo lo mismo con la otra mano.

—Sé que te gustan. Ahora son todo tuyos. Ámalos.

Me incorporé un poco y la besé.

—Hazlo de nuevo.

La besé más largamente y pude sentir que se relajaba un tanto.

—Eres un estúpido, *darling*.

—¿Por qué?

—Por querer a una negra fea, gorda y loca como yo.

—No digas tonterías. Descansa.

—No puedo descansar. Ahora ámame, por favor. Lo necesito.

Cuando desperté ya era de día. La cabeza me daba vueltas y el amargor de la boca era insoportable. La Reina dormía profundamente. Busqué la puerta del baño y abrí en su lugar un clóset. Una bocanada de aire fétido me golpeó el rostro. Iba a cerrarla cuando algo me detuvo. El clóset estaba ocupado por una

cuna, de donde provenía un olor nauseabundo. Me asomé para poder ver en su interior. Por un momento no comprendí; me quedé paralizado, sin poder creer lo que veía. Dentro de la cuna yacía el cadáver de un bebé vestido de rosado en avanzado estado de descomposición. Retrocedí aturrido y cerré la puerta. Me vestí rápidamente y salí y arranqué el auto y me alejé de allí lo más pronto que pude.

Aquella fue la última vez que vi a La Reina. Un mes después fue encontrada muerta en la calle. Las circunstancias no fueron debidamente esclarecidas. La policía habló de una sobredosis pero yo sabía que la verdad era otra. La Reina había muerto de tristeza y nadie me podría convencer de lo contrario.

A su funeral solo asistimos Mauricio, su pianista, y yo. La enterraron junto con su hija. Pensé que quizás le hubiera gustado que alguien tocara *When The Saints go Marchin' In*, pero lo cierto era que nadie tenía ganas de escuchar música.

(De *Caballos de medianoche*. Lima: Seix Barral, 1984)